

Las caídas: una historia de Luna



Iain McDonald

© Iain McDonald, 2020

Introducción y traducción de Sara Martín Alegre

© 2020, Sara Martín Alegre por la introducción y traducción

Iain McDonald es uno de los diez autores de ciencia ficción actuales mejor valorados. Nacido en 1960 en Manchester, hijo de padre escocés y madre irlandesa, McDonald reside desde los cinco años en Belfast, capital de Irlanda del Norte. La compleja situación política en esta región británica (agravada por el Brexit puesto en marcha en febrero de 2020) ha transformado a este anglo-irlandés en un convencido antiimperialista. Su ciencia ficción destaca por un uso constante de escenarios y personajes alejados de su Reino Unido natal, tanto en la Tierra como en otros planetas, sean Marte o la Luna en la que transcurre el cuento que se presenta aquí.

McDonald es autor profesional desde 1987 y cuenta con una larga lista de publicaciones que hasta la fecha incluye diecinueve novelas, una novela gráfica y cinco volúmenes de relatos, además de los que ha publicado separadamente. Su novela más popular es *El río de los dioses* (2006; *River of Gods*, 2004) —narración *post-cyberpunk* ambientada en la India, al igual que la antología que la acompaña, *Cyberabad Days* (2009)— seguida de *Brasyl* (2007, disponible en castellano con el mismo título desde 2009). Entre sus otras obras se hallan la trilogía para lectores jóvenes *Everness* (*Planesrunner* (2011), *Be My Enemy* (2012) y *Empress of the Sun* (2014)), y la trilogía sobre la Luna —*Luna: New Moon* (2015), *Luna: Wolf Moon* (2017) y *Luna: Moon Rising* (2019)— recientemente traducida al

castellano como *Luna nueva*, *Luna de lobos* y *Luna ascendente*. Esta trilogía narra en esencia la progresión de la Luna hacia un sistema político independiente de nuestro planeta, aunque McDonald se recrea ampliamente en las complejas relaciones entre su larga y variadísima lista de personajes.

McDonald suele asociar sus novelas con relatos e incluso novelas breves. Así pues, del mismo modo que *Cyberabad Days* amplía el temario de *River of Gods*, la bilogía compuesta por *Chaga* (1995) y *Kirinya* (1997) se complementa con «Toward Kilimanjaro» y «Tendeléo's Story». Dos relatos se relacionan con la trilogía sobre la Luna: «The Fifth Dragon», que acabó integrado en el primer volumen, y «The Falls: A Luna Story», el cuento que se presenta aquí traducido al castellano. La versión original inglesa de «Las caídas» se publicó en la antología *Meeting Infinity*, editada por Jonathan Strahan (Oxford: Solaris, 2015) pero se puede leer también *online* en *Clarkesworld Magazine* (ver http://clarkesworldmagazine.com/mcdonald_10_18_reprint/).

Los Cinco Dragones a los que se alude en «Las caídas» son las compañías privadas fundadas por las familias pioneras originarias de la Tierra que controlan la Luna bajo supervisión de la Lunar Development Corporation. En la Luna de McDonald no hay legislación, sino que todas las relaciones, incluidas las personales, se regulan por contrato. Los in-



Las caídas: una historia de Luna

migrantes como Nuur deben decidir en su *Moonday* (o Día Lunar), dos años a partir de su llegada, si quieren volver a la Tierra o quedarse para siempre en la Luna porque pasado ese tiempo su cuerpo no puede adaptarse de nuevo a nuestra gravedad. Los niños y niñas nacidos en nuestro satélite, como Shahini, no pueden emigrar a la Tierra porque su anatomía adaptada al entorno selenita no se lo permite.

McDonald es autor profesional desde 1987 y cuenta con una larga lista de publicaciones que hasta la fecha incluye diecinueve novelas, una novela gráfica y cinco volúmenes de relatos, además de los que ha publicado separadamente.

Ian McDonald usa el pronombre personal «e» y el adjetivo posesivo «er» para los IAs

como Callisto, palabras inventadas que no existen en inglés. He usado como equivalentes en castellano, «le/les» (artículo definido), «ele/eles» (pronombre personal), «se/ses» (adjetivo posesivo), y en general la terminación «-e» allí donde el castellano distingue entre «-o/a», usando además «-er» para algunas otras terminaciones que en castellano serían «-e». McDonald usa también «amor» en el sentido de compañero/a sentimental, no sólo amante; he usado «amors» (singular y plural) como equivalente. En cuanto a la tecnología, los habitantes de la Luna usan impresoras 3-D para generar todo tipo de objetos y tienen un acompañante digital, o «familiar», cuya imagen pueden escoger. Las ciudades, como es de esperar, son construcciones subterráneas de varios kilómetros de profundidad. Todo el mundo debe abonar tasas por el uso del aire, el agua, el carbono y los datos.

Si interesa, se puede ver mi entrevista (en inglés con traducción al catalán) con Ian McDonald en la reciente CatCon (noviembre de 2019) en YouTube (https://www.youtube.com/watch?v=DzDg_BxJZ1A). «Las caídas» se publica con permiso directo del autor, a quien agradecemos el gesto de todo corazón.

Espero que disfrutéis de la lectura y que os animéis a leer la trilogía sobre la Luna y, desde luego, *River of Gods*.

Iain McDonald

Las caídas: una historia de Luna

Mi hija cayó desde la cima del mundo. Tropezó, intentó agarrarse, resbaló y cayó. Tres kilómetros, a cielo abierto.

* * *

Tengo una mesa de despacho. Todo el mundo en el proyecto de entrada en la atmósfera lo encuentra de lo más pintoresco. No lo entienden. ¡Fíjate en el espacio que ocupa! Y, además, atrae todo tipo de trastos. Basura. A montones. Desimprímelos, desimprímela, quita el polvo, libera espacio. Superficies. No necesitas ninguna superficie para trabajar.

De hecho, es cierto. Trabajo mediante Marid, mi familiar. Le he elegido la apariencia de su homónimo, un Genio grande y poderoso. Levita sobre mi hombro izquierdo. Mis colegas también encuentran esto pintoresco. Paso mis turnos en un pabellón de interlocutores. Mi familiar se encuentra con el familiar de mi cliente para transmitir las palabras del uno al otro.

Mi cliente es una sonda de exploración espacial.

Soy una psicóloga especializada en simulación.

El mobiliario apropiado para un psicólogo es una silla, no una mesa desordenada. Y un diván. Pero, como digo, el diván es un estereotipo psicoanalítico, y a ver cómo se estira una sonda pensada para explorar Saturno en una *chaise longue*, incluso antes de tratarle la rabia edípica y la envidia de pene. La mesa se queda. Ya lo sé: ocupa un lugar estúpido en mi despacho; ya lo sé: la he llenado con montones de contenedores vacíos de comida, y tazas de usar y tirar, y juegos *kawaii*, y tantas impresiones que me estoy acercando al límite de mi cuenta de carbono. Pero me gusta: hace que este cubículo parezca un despacho. Además, es donde se exhibe (o se exhibía antes de

que las capas de residuos profesionales lo enterrarán) el primer hallazgo arqueológico de mi hija.

La tecnología es incómoda si pensamos en nuestros patrones: las matrices de microprocesadores de silicio son como asteroides al lado de las películas modernas de grafeno en 2-D; casi hacen reír. Una placa base de procesador del tamaño de un dedo, sin un propósito conocido. Su origen: allí donde el robot explorador Yutu, de la República Popular de China, se paró y expiró, unos cuarenta kilómetros al sur de Laplace F. en el Mare Imbrium, en la cara visible de la Luna.

* * *

La aceleración bajo efecto de la gravedad en la superficie de la Luna es de 1'625 metros por segundo al cuadrado.

* * *

Me gusta Callisto.

No me gustan (no es necesario que me gusten) todos mis clientes. Cada IA es diferente, aunque hay similitudes: algunas limitan su arquitectura e ingeniería, otras son filosóficas, y otras son producto de la cultura compartida por las IA, que ha ido evolucionando en la Luna junto con la sociedad humana. Cada IA es un individuo, no una identidad.

Callisto es liste, entregade, y erudite en la conversación, encantadoramente pedanter, entusiaste, e inocenter. Ele prevé su misión con la impaciencia y la emoción de una criatura que va a una fiesta de Año Nuevo, y esa es la trampa. Pienso en ele como si fuera Shahini, y entonces cometo errores. Me siento unida, hago suposiciones. Humanizo.

Esto..., Nuur, ¿has visto lo que has hecho?



Las caídas: una historia de Luna

—¿Perdona Callisto?

Um, has usado una palabra incorrecta.

—¿Qué palabra incorrecta?

Te la puedo recordar...

—Sí, por favor, sentiría mucho haber dicho algo inapropiado.

Has dicho con respecto a mi aspecto durante la entrada atmosférica «cuando ella entra». Creo que quieres decir...

Ele, eles. Los pronombres reconocidos para la Inteligencia Artificial. Sentí una vergüenza intensa. No podía ni hablar. Enrojecí, me sentía arder. Balbuceé unas disculpas. Me sentía desnuda de vergüenza.

No pasa nada, Nuur, pero debo decir que lo has estado haciendo, hum, toda la semana...

Cuando una IA hace este tipo de ruiditos y de objeciones, es señal de un conflicto interno entre sus leyes: debe decir la verdad siempre, no puede dañar a ningún humano. Les IA son tan tímidos como los humanos y tienen la misma capacidad de autoengaño.

* * *

No me reí cuando ella dijo Historia. No sonreí, no me exclamé, ni objeté, ni rechacé nada, aunque los argumentos en contra revoloteaban en mi lengua. Esto es la Luna. Nuestra sociedad sólo tiene cincuenta años, hace poco más de un siglo que dimos los primeros pasos aquí. Tenemos cinco ciudades, una universidad, un hacinamiento de hábitats y bases, y un tren-refinería en movimiento perpetuo; somos un millón setecientos mil personas. ¿Cómo podemos tener una historia? ¿Qué hay para tener una historia en lugar de anécdotas? ¿Hay una masa crítica? Somos clientes inquilinos de la Lunar Development Corporation, empleados o contratados por uno de los Cinco Dragones; la Historia ha terminado para nosotros. Trabajamos, sobrevivimos, pagamos los costes diarios de los Cuatro Elementos Básicos: Aire, Agua, Datos, Carbono.

Ni necesitamos historia ni nos la podemos permitir. ¿Dónde está el beneficio? ¿Dónde está la utilidad? ¿Tan rápido, tan fácil, ves? Me gano la vida charlando. Me vienen las ideas a la cabeza como atraídas por los murmullos y las feromonas. Pero las ahuyenté y no expresé ninguna de ellas.

Historia, dijo ella, adivinando las sombras de todos aquellos argumentos y refutaciones detrás de mí. Desafiándome a criticarla. Tenemos una historia. Todo tiene una historia. La Historia no es algo que se encuentra uno, es algo que se hace.

Shahini es el nombre que elegí para ella. Quiere decir halcón: un pájaro pequeño, feroz, hermoso, rápido. Ella nunca ha visto un halcón, ni ningún otro pájaro, nunca ha visto nada con alas que no sea humano, aparte de las fuentes de mariposas que AKA hace por las fiestas de alta sociedad. Las mariposas sólo viven un día y atascan las tuberías cuando hacen llover para limpiar el aire de polvo.

De hecho, tampoco yo he visto un halcón. Mi padre criaba palomas en un altillo a la sombra de un panel solar. Nunca me gustaron; olían, y eran demasiado ruidosas, y me agujoneaban con los picos y me rodeaban cuando subía al tejado con mi padre para darles de comer. Sus alas repicaban; parecían más máquinas que pájaros. Su recuerdo (ahora distante, ciudades, países, y mundos) aún me estremece. Los halcones son los enemigos de las palomas; mi padre los miraba con inquina cuando los oía pasar raudos por el cielo. Se están trasladando a la ciudad, dijo. Anidando en los nuevos rascacielos. Para ellos no son sino peñascos de vidrio. Siempre veía halcones en cualquier sombra que no le gustaba.

Shahini nunca ha visto un halcón, nunca ha visto un pájaro, nunca ha visto el cielo. Pero tiene el nombre adecuado. Es tan vivaracha. Sus pensamientos viran y se escabullen, ágiles y diestros. Los míos transitan lentos en línea recta. Ella corre a expresar



Las caídas: una historia de Luna

opiniones y posicionamientos como si fortificara una colina. Mi tarea es premeditada: la identificación y construcción de emociones artificiales. Ella es feroz. Si defiende una opinión o una actitud lo hace con una ferocidad que destroza cualquier intento de oponérsele. Gana no tanto porque tiene razón sino porque se equivoca con fervor. La temo, cuando nos peleamos, madre e hija. Tanto que prefiero no discutir.

La Historia: ¿para qué sirve?

¿Entonces? *¿Las cosas sólo pueden ser buenas si son útiles?*, me contestó enfadada.

—Pero ¿de qué trabajarás? ¿Podrás pagar tus Cuatro Elementos Básicos?

¿Así que los estudios no son más que un aprendizaje profesional?

—No veo qué se puede estudiar. Aquí sólo tenemos contratos.

¿No lo entiendes? Los contratos son la Historia.

Y con un gesto brusco apartaba sus rizos largos y brillantes para mostrar su exasperación ante el hecho de que yo nunca entendería *nada*, y lo dejaba correr, bajo la lenta gravedad de la Luna.

Rápida, feroz, pero no pequeña. Mis veinte años en la Luna me han adelgazado hasta hacerme esquelética, tengo el cuerpo demasiado grande de cintura para arriba y las piernas torcidas. Soy alta y fina, pero Shahini lo es mucho más. Nació en la Luna, segunda generación. Una criatura de la Luna, esbelta y elegante como una gacela.

Me sentí pequeña y frágil, despidiéndome de ella con un abrazo en la estación.

—¿Tiene que ser Meridian?

No lo pude evitar.

Vi como los ojos de mi hija se agrandaban un momento antes de girar hacia arriba con aquel gesto de cansancio, mientras los labios se comprimían. Dio un paso atrás, ya al borde de la ferocidad.

Es el mejor Coloquio de Historia, además siempre he querido ver la Tierra.

Se agachó para darme un beso y cruzó el acceso presurizado al tren.

En la Estación de Farside había ese día algunos tercera-gen. Se erguían altos por encima de Shahini, tal como su generación se erguía sobre mí. Niños no humanos.

* * *

La presión media de la atmósfera dentro de los hábitats lunares es de 1060 kilopascales, bastante más alta que la media terrestre.

* * *

La controlo demasiado, me dijo Shahini. Demasiado, desde la otra cara de la Luna. De entrada, una se siente culpable cuando su hija se da cuenta de que la has estado espionando; en segundo lugar, siento vergüenza por haber sido detectada tan fácilmente, y, acto seguido, siento indignación por su indignación: es porque me preocupo, no tendría que preocuparme, pero no lo puedo evitar.

La primera vez que fui a Meridian a visitar a Shahini vi un ángel. He vivido toda mi vida en la universidad, en sus claustros abarrotados y sus salas mezquinas, en los asentamientos de Farside, pequeños y muy dispersos, entre muchos amors y multiamors. Le di la espalda a la Tierra y nunca volví la cabeza para mirar por encima del hombro. En aquellos años lejos de la faz de la Tierra, con la mirada puesta en el espacio profundo, las grandes ciudades se excavaron en un terreno profundo y extenso, los nuevos barrios se abrieron y se juntaron en espléndidos abismos que dan vértigo y que brillan de noche con miles de luces. Me dan, pintoresca y firmemente horizontal como soy, un mareo agorafóbico. Me cogí del brazo de Shahini al salir de la Estación de Meridian. Me sentí vieja y débil, sin serlo. Shahini me sentó en un banco a la sombra de los árboles, bajo hojas que daban a las luces la apariencia de estrellas me-



Las caídas: una historia de Luna

dio-vistas. Me compró un sorbete bien helado, de un triciclo de AKA, y fue entonces cuando vi al ángel. La gente vuela en la Luna, esto ya lo sabía incluso antes de viajar y establecerme allí. Es la única imagen de la vida en la Luna que los terrícolas entienden: la de una mujer alada volando. Siempre una mujer. Mareada, sentí un movimiento, un rumor, el aire que se movía. Miré justo a tiempo de ver unas alas batiendo sobre mí, unas luces moviéndose por delante de las lejanas constelaciones. Bajó un poco, tocando la parte alta de los árboles, sombra, movimiento, chispas vistas a través de las hojas. Alcé la vista, nuestros rostros se encontraron. Entonces ella batió las alas y dejó de planear para iniciar un vuelo helicoidal hacia arriba hasta que la perdí de vista, cuando sus pequeñas luces se mezclaban ya con las grandes.

—Oh! Has visto...

—Sí madre.

Pensé en la mujer voladora, en aquel momento en que se encontraron los elementos, a lo largo de los días siguientes a medida que Shahini me presentaba, uno a uno, a su círculo. Amigos, colegas, miembros del Coloquio. Sergei, su amor, alto y educado. Era arqueólogo. Se sentía aterrado por el simple hecho de mi existencia. Me preocupaba qué le habría explicado Shahini sobre mí. Todos cocinaban para mí, era tan especial y emotivo. Habían alquilado la cocina, los utensilios, los platos y los palillos chinos. Obviamente, lo habían ensayado todo; sus movimientos en la minúscula cocinita del apartamento del Coloquio (abigarrada incluso para lo que era habitual en la Universidad de Farside) estaban tan inmaculadamente coreografiados como un ballet.

—¿Arqueología?

Intuí un toque de impaciencia, un gesto de irritación antes de que Sergei me contestara.

—Llevamos cincuenta años viviendo aquí. Hace un siglo que aterrizó el primer humano, más de cien años desde que las primeras son-

das llegaron. Es más que suficiente para la Arqueología.

—Esto es lo que veo estudiando Historia, dijo Shahini poniendo su mano sobre la de Sergei.

Intentaba intervenir en nuestra conversación con tacto, para evitar desacuerdos, pero de hecho yo no tenía nada en contra de Sergei. Ni en contra ni a favor. Me parecía un joven serio pero soso, amable pero sin soltura. No entendía qué le veía mi hija. No me sorprendió ni desilusionó que su relación durara poco; creo que a Shahini tampoco.

Shahini esperó hasta que estuvimos en el andén, con el tren deslizándose tras el muro presurizado de vidrio, para darme el regalo. Era pequeño, del tamaño de mi pulgar, pero pesado, envuelto en una tela de color azul índigo, con un estampado *dashiki*, y unos contornos afilados.

—De Laplace F.

Había conocido a Sergei gracias a pequeños objetos codiciados, como éste. Aminara, una compañera del Coloquio, había introducido a Shahini en el campo de las Excavaciones. No se hacía ninguna excavación de verdad. Los arqueólogos, los historiadores, algunos aficionados a los deportes extremos, salían con los trajes de superficie lunar, conduciendo *rovers* y motos de polvo por los Mares buscando antiguo *hardware* espacial. Los alunizadores, los *rovers*, los bots de construcción y los sintetizadores solares de los primeros días de la colonia. Lo más preciado eran los restos polvorientos y quebrados de los *Apollos*. Lo llamaban Arqueología práctica. Yo encontraba que era un expolio descarado, pero no se le podía decir a Shahini. Sergei lo financiaba. Era un Vorontsov menor, uno de los Cinco Dragones. No me dolió cuando Shahini lo abandonó.

Le di vueltas al pequeño, precioso objeto con mis dedos una y otra vez.

—¿Qué es?

—Historia.



Las caídas: una historia de Luna

* * *

La velocidad terminal en un hábitat lunar presurizado es de sesenta kilómetros por hora.

* * *

Callisto sueña.

Ele sueña en código, en paquetes preformados de electrones, como todos soñamos. Todos los sueños están codificados y son códigos. Los sueños de las IA no son nuestros sueños. Callisto sueña despierte. Ele nunca duerme, nunca necesita dormir. Tiene problemas para entender la necesidad humana de dormir, lo que es, que salimos tal como entramos; que podemos salir de ese estado. Y Callisto sueña en cada una de sus tres manifestaciones separadas: servidor central, sonda, globo dirigible. Me gusta pensar que comparte los sueños, como hacen las familias sentadas a la mesa, desayunando en un café cualquiera.

Si la inteligencia y emoción de Callisto son genuinas (hay quien todavía piensa que no lo son, a pesar de mis esfuerzos para hacerles ver su error) también lo deben ser sus sueños. Marid los traduce a un formato que puedo entender. Los sueños de Callisto son principalmente auditivos. Marid reproduce un parloteo contundente de notas y chasquidos, un *crescendo* de bajo tanto titánico como infra, y un alud de puñados de triadas rozando el límite superior de mi oído. Suena como el caos. Suena como el latido de los agujeros negros, el zumbido de las microondas cósmicas, el lento tictac de la entropía hacia la disolución y el caos. Si escuchas atentamente, sin embargo, más allá del instinto humano de analizar, de estructurar, de la necesidad pareidólica de ver conejos en la Luna, caras en Marte, dioses en la alineación de las estrellas, entonces se aprecia una música titánica. Temas, armonías (aunque siguiendo leyes armónicas des-

conocidas) modos y variaciones, desplegándose sobre una escala temporal más larga que la capacidad humana de prestar atención. Es magnífico y bello, y seguramente lo más aterrador que jamás haya escuchado. Me dejo caer en esta música de ensueño y cuando vuelvo—tambaleándome, sin aliento y deslumbrada—han pasado horas.

Intentaba imaginar cómo sería soñar constantemente, tener esta música repicando y brotando al fondo de tu consciencia, como el agua sobre las rocas. Ahora lo entiendo. Se parecerá a la imaginación. El estado no-consciente pero no soñado de las imágenes, los acontecimientos, los espejismos cuando perseguimos potenciales, alternativas, todos estos «y si...». La imaginación nunca baja el telón, nunca se ralentiza. Es la raíz de la humanidad.

* * *

Salió de Aristarchus con tres minutos de aire sobrantes.

Estoy bien, dijo. No pasa nada, no hay nada que ver. Fui, igualmente, en el primer expreso.

Tres minutos, trescientos minutos.

Te podías haber muerto allí. Con cuánta reticencia formé y pronuncié aquella palabra: morir.

Se encontraba, como había dicho, bien. Como dijo también, *si no te morías, quedabas intacto.*

No había tenido noticias de Shahini en tres meses. Cuando digo tener noticias quiero decir en el antiguo sentido terrestre—no la había visto ni visitado; ni me había hecho ninguna llamada de voz. Sí que leía sus actualizaciones, sus posts, y fotos, y comentarios. Bordeé su círculo social con latidos lentos, pero no podía ser parte de éste. Podía haber llamado, pero no lo hice por principio.

Debo haber leído que se había alejado de los arqueólogos, debo haber visto las fotos con



Las caídas: una historia de Luna

sus nuevos amigos, los exploradores, apoyados los unos en los otros, haciendo gestos con las manos, haciendo muecas con los labios, posando para el fotógrafo y riendo. Urbanismo: conozco la palabra, pero sólo puedo haberla aprendido de los posts de Shahini. Trabajaba en un contrato con Taiyang, desarrollando una interfaz para su nuevo sistema de tres IA, para el Whitacre Goddard Bank; según las leyendas, estos serían les IA capaces de predecir el futuro. Los Sun exigían un buen trabajo a cambio de su dinero; recuerdo haber pasado largas horas en la mesa, explorando a fondo, construyendo niveles, destilando emociones a partir de algoritmos como si fueran ingredientes botánicos en una ginebra de autor. No hay trabajo más agotador que el trabajo emocional. Debo haber leído los posts de Shahini en una nube de agotamiento, absorbiéndolos a algún nivel por debajo de la consciencia analítica. Recuerdo la excitación. Nuevos amigos, una nueva identidad de grupo, un nuevo deporte. Por supuesto que era un deporte. La Arqueología jugaba a ser un mérito intelectual; el Urbanismo era aventura.

Su primera exploración urbana fue en el antiguo hábitat de Mackenzie Metals en Crisium, abandonado hacía mucho tiempo, desde que los Mackenzies trasladaron su base de operaciones a Crucible, el tren-fundición que rodea constantemente la Luna, para así mantener el sol del mediodía siempre encima de sus espejos-fundidores. Más tarde, vería todos sus vídeos. El viaje en tren y luego en *rover* a Crisium, cómo se pusieron los trajes de superficie y bajaron a los túneles abandonados. Más tarde vi todos sus vídeos. Los rayos de la lámpara de casco cortando los pasillos. El polvo levantado por las huellas de las botas. Las lámparas iluminando habitaciones y cuartos, y el murmullo del comentario; creemos que es un comedor; según los mapas, es la antigua sala de juntas. Mesas, muebles, grafiti. Pantallas, de los tiempos antes de que

la información fuera enviada directamente a los ojos. Nada orgánico: incluso en aquel tiempo los *zaballeens* de la Lunar Development Corporation reciclaron todo el carbono bien a fondo. Rayos de luz dirigidos hacia arriba, rebotando en los muros de un antiguo tubo agrícola, reflejados por el conjunto de espejos que en el pasado llevaban la luz solar a las hileras de cultivos aeropónicos. Óvalos de luz superpuestos, sobre la rampa ligeramente inclinada de la salida principal. Lo vi todo con el corazón en la garganta, las manos cubriendo la boca. Detecté mil errores, diez mil accidentes; cualquiera podría haber obstruido una válvula, reventar un casco, rasgar un traje. La Luna tiene mil maneras de matarte: todas las criaturas lunares aprenden esto en el primer momento, cuando el *chib* se conecta con el ojo y se empieza a estar en deuda por el aire que respiras, el agua que bebes, el carbono que consumes, los datos que procesas. Creo que no recobré el aliento hasta que vi la imagen final: el equipo filmado junto al *rover*; los cascos sin rostro cerca unos de otros; los trajes de superficie ensuciados por el oscuro polvo lunar. Las siluetas de los cuerpos bajo los trajes ajustados, las etiquetas con los nombres sobre el hombro izquierdo eran las únicas pistas. Shahini estaba entre dos jóvenes, con los brazos alrededor de sus hombros. La habría reconocido sin la etiqueta. La luz solar brillaba reflejada en la visera de su casco. Sé que sonreía.

Su segunda expedición fue a Orientale, donde estudié cuando llegué a la Luna. En aquellos túneles trabajé y amé. En una de esas cabinas pasé mi Día Lunar, sola, con las rodillas juntas sobre el tórax, escondiéndome de todos los amigos y colegas que querían hacerme salir para bautizarme con vodka y proclamarme hija auténtica de la Luna. Sola y llorosa me bamboleaba, aterrada por la idea de que había tomado la decisión equivocada, sabiendo que era imposible revocarla. Nunca podría volver a la Tierra. Mis huesos se



Las caídas: una historia de Luna

ablandarían y se romperían, mis pulmones se colapsarían, mi corazón temblaría bajo una gravedad que mi cuerpo habría olvidado. La vi progresar por pasillos vacíos de aire, más estrechos de lo que recordaba; enfocando la linterna hacia cubículos y laboratorios, más pequeños de lo que pensaba. Parecía que hacía solo cinco minutos que vivía allí, pero no me podía creer que jamás alguien hubiera vivido en ese entorno—ni yo ni nadie. No sé qué habría hecho si su rayo oscilante hubiera iluminado una parte descartada de mi pasado—unos *shorts* secados al vacío, un vaso, un saquito de cosmético. Fantasmas de mí misma. Hubiera sido igualmente extraño para Shahini, supongo: la prueba de un tiempo antes de que ella existiera. No sé si hubiera reconocido estos restos como míos. Me alegré cuando el vídeo pasó a mostrar el abrazo final del equipo.

En la tercera expedición, entró en juego el tejado. Imagen inicial: Shahini y sus amigos en la estación, con el expreso entrando tras ellos. Llevan camisetas de tirantes con el mismo eslogan, *Urbanismo: Aristarchus*. Tren, seguido de tres horas en *rover* hasta las ruinas de Aristarchus. Doscientas personas murieron cuando un profundo terremoto—el más singular y el más peligroso de los muchos seísmos que sacuden la Luna—aplastó la base de mantenimiento de Corta Helio como si fuera una burbuja. Vi eso más tarde, para poder entenderlo. Quise coger el siguiente tren a Meridian, sacar mi hija de allí y llevármela conmigo, sana y salva. Si hubiera visto todo esto en directo, habría gastado hasta el último *bitsie* en una nave lunar Vorentsov, endeudándome todo un siglo para salvarla.

Corta Helio nunca devolvió los cuerpos de Aristarchus. Demasiado peligroso.

Tenían mapas, les IA para guiarlos, seguimiento por satélite, conocían aquel lugar muerto como la palma de su mano; entraron sin riesgos, sabiendo lo que hacían, y bien

preparados, pero no podían haber previsto el temblor que hundió el principal túnel de acceso. Diez metros de *KREEP* altamente fragmentado entre ellos y la superficie. Usaron su ingenio, sus habilidades, sus cuerpos bien entrenados. Había un antiguo túnel de servicio que llevaba cables de luz y de comunicación de la superficie al hábitat. Eran quinientos metros de escalada vertical, a través de cableado enredado y de puntales rotos afilados como lanzas, con las cámaras, los puntos donde agarrarse, y el mundo temblando por las réplicas. Shahini mantuvo la cámara funcionando todo el tiempo. Ya sabía lo que vería, pero aun así miré con las manos tapándome la boca para no gritar.

Llegaron al *rover* aún con aire para tres minutos—todos ellos.

Tres minutos, trescientos minutos, dijo ella.

Para menguar mi resistencia, traje a dos compañeros Urbanistas a hablar conmigo. Eran altos y lánguidos, y se movían bellamente. Me sentí pequeña, me sentí vieja, me sentí obsoleta. Me sentí aturdida por mi hija. Parecía de otra especie.

Me envió un mensaje privado en el tren, de familiar a familiar. Quería dejar el Urbanismo. Los chicos se lo tenían demasiado creído. La escalada huyendo del hábitat muerto le había enseñado una cosa: se sabía mover. Su cuerpo era fuerte y preciso. Le gustaba moverse. Había aprendido a amar su físico.

Quería empezar a hacer *parkour*.

* * *

¿Por qué debería tener emociones una sonda espacial? ¿Por qué habría de tenerlas? En los inicios de la exploración, las sondas no eran más inteligentes que un insecto y a pesar de ello abrieron mundos enteros en el mundo que creíamos conocer. Menos inteligentes y con menos carga emocional. Rodaban, libres y



Las caídas: una historia de Luna

sin corazón, por las colinas de Marte, viraban sin alma y vacías de toda fascinación por los mares de metano de Titán.

Mi primera respuesta: ¿y por qué no habría de tener emociones una IA? Esta, sin embargo, no es una respuesta sino un recurso retórico. Necesito pues aclarar que, desde los Acuerdos de Bamako de 2076, toda IA tiene derecho a percibir y disfrutar de estados específicos internos similares a las emociones en los seres humanos. Y se me puede responder: esto es la Luna. Nadie tiene ningún derecho. No hay derechos, ni ley civil, sólo contratos entre partes.

Mi segunda respuesta es: esta exploración se financia en parte con las suscripciones a la emisión en directo desde dentro de la atmósfera de Saturno. Las antiguas administraciones espaciales entendieron que las imágenes de la superficie de Marte eran mejor recibidas cuando se las sazonaba con toques emocionales, aunque hiciera esto un agente de las redes sociales en la Tierra. Los humanos se pirran por las emociones. Haga sentir algo y entonces lo entendemos todo. Darnos un mínimo de empatía relacionada con lo que se siente conduciendo en contra del inimaginable viento cortante de Hexagon, el vórtice polar del Norte. *¿Cómo es eso de...?* La pregunta humana básica.

Y tengo mi tercera respuesta a punto antes de tu réplica: ¿qué es la exploración? Es curiosidad, el deseo de saber qué hay tras aquellas nubes, más allá del horizonte. Es coraje y prudencia, es excitación y miedo; es la tensión entre el riesgo y el deseo de nuevos conocimientos. Una sonda que conoce la emoción (los análogos de aquellas emociones, porque ¿cómo se puede saber qué hay en la cabeza de otro, sea de hueso o de plástico?) está mejor capacitada para explorar, para arriesgarse, para ser prudente, para evaluar el riesgo; para atreverse.

Pero es mi última respuesta la que finalmente cuenta. Las emociones son la natura-

leza misma de las sondas espaciales, los trenes expresos, los extractores de helio-3, y de los sintetizadores solares, los amarres de transferencia orbital que giran alrededor de la cintura de nuestro mundo. Las emociones son una propiedad emergente. No puedes construir una Inteligencia Artificial sin emociones, igual que no puedes tener un bebé sin lágrimas o una hija sin curiosidad. ¿Por qué debería tener emociones una Inteligencia Artificial?, me preguntas. Y yo contesto, como he dicho, ¿por qué no? Ambas posturas son incorrectas. No se trata de preguntar por qué ni de responder por qué no. Las emociones son parte del universo.

* * *

Trepó por Gagarin Prospekt hacia arriba, con saltos tan enormes, rápidos, y ágiles que por un momento pensó que volaba. Desde el banco del parque a la tienda de impresiones, del tejado a la tubería de ventilación. En dos latidos ya estaba agachada en la barandilla de la calle Oeste Tercera, dedos de pies y manos curvados dentro de los guantes, sonriéndome una docena de metros por encima de mí. Se había cortado el pelo por encima los hombros para que no le molestara al correr, pero no es tan sencillo controlar unos rizos egipcios. Caían sobre su rostro, joviales y flotando en la gravedad lunar. Con un movimiento brusco hizo otro salto adelante, toda estirada, volando, hasta casi tocar una montura para la electricidad.

Se estiró, alargando los brazos, se agarró y se columpió, hizo un molinete para ir a rebotar en una balaustrada y de allí a la galería de un apartamento dos niveles más arriba. Se detuvo quieta como una pequeña diosa, con las manos en las caderas. Miró hacia arriba. Las diez mil luces del Barrio Orión brillaban y por encima de todas ellas, la línea solar se desvanecía en la noche.

Se sujetó a la esquina de un tejado, co-



Las caídas: una historia de Luna

rriendo pared arriba, y se lanzó hacia las luces más altas.

Y sus compañeros de manada, sus *traceurs* volaron con ella. Como si fueran líquido, tan veloces, gráciles y encantadores que lo encontré casi inhumano. Los seres humanos no hacen estas maravillas.

* * *

La invitación era para el cotillón del Coloquio (la fiesta de graduación anual cuando la familia y los amigos de todos los miembros eran invitados a una recepción seguida de una cena) aunque lo que Shahini quería era que la viera correr. Sólo hablaba de ello en el restaurante; movimientos y cómo agarrarse, acciones y complementos técnicos, suelas tratadas para un mejor agarre y si era más genuino correr sin ayuda del familiar. Entendía una de cada cinco palabras, pero apreciaba la energía oscura, la pasión circunscrita, y pensé que nunca la había visto tan joven ni tan bonita.

Por supuesto que fui a la carrera. Ningún otro padre ni madre estaba allí. Para mí estos jóvenes altos y bellos como ningún otro no eran altivos ni prepotentes. Chicos delgados y atléticos, chicas de piel oscura y musculosas, nerviosos y caminando arriba y abajo, o quietos e inquietantes, centrados con intensidad en su mundo, su deporte, su reto. Yo era para ellos invisible como un fantasma, de esos que según las leyendas no hay en la Luna. Shahini, delgada como un alambre, vestida con *leggings* y con la camiseta corta y extragrande de moda aquella temporada, con guantes en manos y pies, concentrada en la conversación con sus compañeros *traceurs*. Me daba cuenta claramente de que la adoraban. *Traceur*, aquella palabra, era importante, insistía Shahini. Un nombre, una identidad, una tribu. Hacía seis meses que corría.

Este era el reto más grande jamás asumido por la manada. Llegar arriba hasta el ex-

tremo más alto del Barrio Orión, hasta tocar la línea solar, tres kilómetros hacia la luz.

La vi hacer un salto. Mi corazón se paró mientras ella cruzaba el espacio vacío hasta la animadísima avenida Gagarin Prospekt. Voló lejos, voló bien, hasta sujetarse a un cable en un puente que conectaba con otro barrio y, cien metros sobre el suelo, se columpió hasta alcanzar el paso de cebra. Corrió por la balaustrada, perfectamente equilibrada, mientras sus *traceurs* se columpiaban desde debajo del puente, dejándose caer a su alrededor como una guardia de honor. Los peatones, los corredores, los paseantes, los trabajadores que hacían cambio de turno los miraban asombrados y pensé, estirando el cuello y ordenando a Marid que aumentara la capacidad de mis lentes, «¿no querrías ser tan sexi y bonita, y tan increíblemente magnífica, como tu hija?» Asombro mezclado con un poco de envidia.

Arriba voló ella, una nube desdibujada de movimiento y de velocidad, con la manada corriendo, pero con Shahini siempre un pie, una mano, un dedo por delante. Marid enfocó, reenfocó, volvió a enfocar de nuevo, más y más cerca a medida que ella subía más y más arriba. La carrera era tan vertical como horizontal: no era una escalada. Shahini me había leído la lección a lo largo del banquete. Se trataba de hacer *parkour*, y había que correr por cornisas, moverse usando los cables, y bailar sobre rejas hasta encontrar la mejor ruta al siguiente nivel. Arriba y arriba. Era un bonito espectáculo. Nunca había estado tan asustada, ni tan excitada.

Marid echó la cámara atrás un momento para mostrarme la escala real de la aventura y me quedé sin aliento; los *traceurs* eran pequeños puntos de movimiento sobre los muros impresionantes del mundo; breves ausencias en el estampado de luz. Mi familiar volvió a enfocar. Se encontraban por encima de los niveles habitados, incluso de las barracas del Barrio Alto, donde se refugiaba lo más bajo de



Las caídas: una historia de Luna

la sociedad de Meridian: los viejos niveles industriales y de servicio, las primeras excavaciones a partir de las cuales Meridian creció tres kilómetros adentro. Este era el terreno de juego de los *traceurs*; un mundo de lugares donde agarrarse, de superficies, y niveles. Un rocódromo gigantesco. La carrera seguía. No podía ver la cara de Shahini, tapada por el paso de uno de los chicos, pero adivinaba su expresión. Había visto esos ojos entornados y aquellos labios comprimidos, aquella mandíbula tensa, muchas veces a lo largo de su infancia y adolescencia.

Estaban muy cerca de la línea solar.

Entonces Shahini saltó: demasiado pronto, demasiado lejos, demasiado poco. Sus dedos enguantados no encontraron donde sujetarse. Y ella cayó.

* * *

Callisto sueña de otras maneras además de con sonidos. Marid ha captado los millones de transmisiones de código que esta máquina sueña y las ha etiquetado. Algunas se captan mejor como sonido—la sinfonía oceánica. Otras solo tienen sentido, comienzan a tener sentido... visualmente. Marid las pasa a mis lentes.

Veo colores. Rayas y franjas de suaves colores pastel: hay una lógica interna aquí, sin disarmonías chocantes de rosa contra rojo contra naranja. Siempre hay una lógica en los sueños. Movimiento: tanto yo misma como las franjas de color parecemos estar en movimiento, circulando a varias velocidades—aunque yo sólo siento lo inmensas que son estas bandas de color. Más que inmensas. A escala planetaria.

Le comenté esto en el refectorio a Constantine, mi compañero en el proyecto Callisto. Él está especializado en los estados emocionales emergentes de las inteligencias de bajo nivel. Es un Joe Rayodeluna (un inmigrante reciente), así que todavía piensa en relación a los animales y su conducta; «Son como una

familia de gatitos», dice de les IA. Yo me especializo en las inseguridades y los problemas de identidad de les IA avanzadas: «como adolescentes», digo. Observo nuestro refectorio. Una larga bóveda que deja entrever su propósito inicial como túnel de acceso para el equipamiento minero con el que se excavó la universidad en Farside. He visto moldes en bronce hechos para esculturas de colonias de termitas terrestres: hélices de túneles y cámaras con docenas de metros de altura, y más de cien metros de ancho. He vivido toda mi vida en la Luna (casi toda la vida de Shahini) escurriéndome por estos túneles retorcidos y claustrofóbicos. Intento no pensar en las termitas, arrugándose y quemándose en todo aquel bronce líquido. Pienso en el sorbete que tomé bajo los árboles del Barrio Orión en Meridian, en el rostro de la mujer voladora que me miraba, y siento que el refectorio, los túneles, la universidad, Farside me aprietan como tiras de bronce.

A escala planetaria.

La sonda Callisto desplegará se vela solar y entrará en órbita alrededor de Saturno. Ele hará estudios orbitales durante un mes. Después el vehículo de entrada Callisto se separará, encenderá los motores y entrará en la atmósfera externa de Saturno. Cruzará la tropopausa y usará la capa superior de las nubes de amoníaco para desacelerar hasta los 1800 kilómetros por hora. Ciento setenta kilómetros por debajo, en la segunda capa, Callisto Explorer desplegará el escudo calórico y comenzará a transmitir en directo mediante Callisto Orbiter. En la tercera capa la temperatura media es de cero grados. Aquí Callisto Explorer desplegará se globo. Unas palas sujetarán e inflarán la bolsa, unos láseres calentarán el hidrógeno para que flote. Se desplegarán también unas turbinas entubadas para facilitar las maniobras, aunque Callisto Explorer es una criatura de los vientos. Hemos diseñado la sonda bien, para que sea fuerte y bella. Ses bolsas de flotación se es-



Las caídas: una historia de Luna

conden en una carcasa de nanofibra. Callisto navegará como un tiburón, sin pararse nunca, por las eternas tormentas de Saturno.

Le cuento mi descubrimiento a Constantine. Ya está acostumbrado a mis intuiciones repentinas. Llevábamos mucho tiempo juntos, como colegas, amors ocasionales, que se podrían volver a estimar.

Aquellas bandas de color, plegándose y brotando, retorciéndose y proyectándose, son las diferentes capas y corrientes y tormentas de la atmósfera de Saturno. Ele intenta imaginar se futuro. Y la música es el viento, el viento que no cesa. Una canción solitaria entre el ruido del viento interminable.

* * *

Vi cómo mi hija caía desde el filo de la línea solar. Creo que grité. Todos los rostros en Gagarin Prospekt se volvieron hacia mí; entonces, sus familiares les mostraron lo que ocurría en el cielo.

¡No, no miréis!, chillé.

La aceleración bajo efecto de la gravedad en la superficie de la Luna es de 1'625 metros por segundo al cuadrado.

La media de la presión atmosférica dentro de los hábitats lunares es de 1060 kilopascals, notablemente más alta que la media de la Tierra.

La velocidad terminal en un barrio presurizado es de sesenta kilómetros por hora.

Se tarda cuatro minutos en caer a lo largo del Barrio Orión. En cuatro minutos una chica espabilada puede salvar su vida.

Si chocas a sesenta kilómetros tienes un ochenta por ciento de posibilidades de morir. Si chocas a cincuenta kilómetros tienes un ochenta por ciento de posibilidades de sobrevivir.

Abrió brazos y piernas.

No podía apartar los ojos de ella. Mi cuerpo y mi mente se habían parado, muertos, congelados al vacío.

Shahini se hizo tan ancha como pudo frente al aire. Sus cabellos aleteaban por detrás de la cabeza, su camiseta ondeaba como una bandera. Su camiseta podría quizás frenarla hasta los cincuenta kilómetros por hora, haciendo la supervivencia posible. Su camiseta de moda podría salvarle la vida.

No podía dejar de mirar de ninguna manera. La gente corría, los bots médicos convergían en el lugar donde chocaría con la calle. No me podía mover.

Cuatro minutos es un tiempo muy largo cuando se contempla la muerte.

Estaba baja, muy baja, demasiado baja. Los otros *traceurs* corrían pared abajo, dejándose caer para llegar antes que Shahini al suelo pero éste era un reto que ella ganaría con toda seguridad.

Cerré los ojos antes del impacto. Arranqué a correr, empujando a la gente que intentaba ayudar, gritando. *¡Es mi hija, mi hija!* Los bots médicos llegaron los primeros. Vi entre sus resplandecientes cuerpos cerámicos una araña oscura rota en medio de la calle. Vi como mi hija hacía un esfuerzo para incorporarse. Se ponía de pie temblorosa. Y caía desplomada hacia delante, y los bots la recogían.

* * *

Nuur.

—¿Qué hay, Callisto?

Cuando trabajas con una IA, a medida que ses emociones se consolidan y se hacen firmes, a medida que aprendes sobre ele como puedes aprender sobre un hijo o un amors, reconoces sutilezas, tonos especiales apreciables incluso en una voz sintética. Mi cliente estaba nervioso.

Mi misión...

Callisto ha aprendido el sentido de una pausa significativa, de lo que no se dice.

—Tu misión.

Callisto Orbiter permanecerá en órbita alimentada por energía nuclear hasta que ses



Las caídas: una historia de Luna

sistemas principales se quiebren. Pienso que esto será cuestión de siglos, basándome en la interacción de variables tales como la carga de las partículas, el campo magnético de Saturno, los accidentes debidos a los rayos cósmicos. En algún punto del siglo XXV, más o menos, Callisto Orbiter morirá.

—Sí, Callisto.

Callisto Explorer está programado para una misión de tres años dentro de las nubes de Saturno, explorando sus rasgos meteorológicos y químicos.

Mis sistemas ciertamente durarán más que la misión, pero cuando en el futuro cercano mi integridad estructural falle, perderé la capacidad de flotar. Caeré. Si no sufro una total desintegración, caeré en la capa de hidrógeno líquido bajo una presión cada vez mayor hasta que mi cuerpo se estrelle. Nuur, puedo sentir esta presión. Siento como me exprime, me rompe, siento como todo en mí se hace oscuro y plano por su culpa. Siento el hidrógeno líquido.

—Es lo que llamamos imaginación, Callisto.

Veo mi muerte, Nuur.

Este es el precio de la imaginación. Podemos anticipar nuestras propias muertes. Vemos la caída final, el último aliento, la última vez que cerramos los ojos, cómo se evapora el pensamiento final en la nada, cuando ya no podemos imaginar. Sin pensamiento no hay imaginación, y a pesar de saber que tampoco puede haber miedo ni ninguna otra cosa, la nada nos aterroriza. Nos acabamos. Es por ello por lo que la imaginación nos hace humanos.

Tengo miedo.

Nos pasa a todos, Callisto. Yo también tengo miedo. Todos tenemos miedo. Haríamos lo que fuera para que no fuera así, pero es lo que hay. Todo termina. Te podemos copiar para siempre, pero cada copia es una inteligencia diferente...

Que también muere.

—Lo siento, Callisto.

No, yo lo siento por vosotros.

Una pausa que ya he aprendido a leer como un suspiro.

¿Cómo podemos vivir así?

—Porque no hay ninguna alternativa, Callisto.

* * *

Se veía tan pequeña en la cama del hospital.

Siempre he sido una indecisa, sin saber elegir entre un estado u otro, un mundo y el otro. Vine a la Luna porque mi carrera científica, el progreso de mi investigación, lo hacía inevitable. Grité de dolor en mi Día Lunar porque no podía distinguir entre la duda y mi propia voluntad.

—¿Cómo...?

No duele nada. Tienen estos analgésicos maravillosos. Deberían hacer la licencia pública. Los chicos podrían imprimirlos para ir de fiesta. Me siento como si volara. Perdón. Una broma de mal gusto. Son los analgésicos. Hacen que las cosas pierdan su rigidez, que las fronteras se disuelvan. No hay nada roto, nada reventado; sólo un montón de fuertes contusiones.

Hice sitio entre las máquinas médicas para sentarme a su lado. Por un instante la vi en la cama del centro médico como la vi en Gagarin Prospekt, una araña rota, alargada y extraña. Nació como cualquier otro bebé en la historia de la humanidad, como todos los niños de segunda generación. Las diferencias sólo se empiezan a notar a medida que crecen, a lo largo de años de gravedad lunar. Creció alta, esbelta, con una musculatura en sintonía con su mundo nativo. Ligera como un deseo. Cuando tenía diez años ya era tan alta como yo. A los doce, me pasaba el mismo número de centímetros.

Se estrelló contra la calle y vivió porque es una criatura de la Luna. Sabía con total certeza que, si me hubiera pasado a mí, si hubiera caído desde la cima del mundo, habría muerto.

Le cogí la mano. Hizo una mueca.



Las caídas: una historia de Luna

Hace un poco de daño.

—Por favor, nunca...

No te lo puedo prometer.

—Claro.

* * *

Los láseres de despegue en las instalaciones de VTO, en el punto L2, llevan tres días encendidos. Si me pongo un traje de superficie y salgo a mirar, podría ver la estrella más brillante del cielo, el reflejo de la vela solar de Callisto. No soy, sin embargo, el tipo de persona que se pone un traje de superficie y sale corriendo hacia arriba. Mi hija sí hacía esto—quizás todavía lo hace—sin pensarlo dos veces. Nunca he sido tan atrevida. Este mundo me da miedo y no tengo otro.

Callisto brillará varios meses hasta que VTO cierre los láseres y navegue usando sólo la luz solar hacia Saturno. Las velas solares son eficientes pero lentas. Callisto duerme. Y sueña. En ses sueños, estoy segura, siente el sabor punzante y el pinchazo de la mortalidad. Todas estas maravillas: se zambullida estática en las nubes de Saturno, ses aventuras volando sole y belle a través de las tormentas eternas, viendo cosas que nunca ningún humano ha visto; todo esto pasará una sola vez y será infinitamente dulce antes de desvanecerse para siempre. Cuando comprenda que todo es efímero, ¿buscará Callisto experiencias más fuertes, más intensas, para poder transmitir las? Creo que sí, a pesar de no ser esta la razón por la que incluí la percepción de la mortalidad en la matriz emocional de Callisto. Lo hice porque no podía ser completamente inteligente sin sentirla.

Antes de que el proyecto descargara a Ca-

llisto en las sondas, creo que terminé amándoler tan profundamente como a un humano. Todavía guardamos una copia en el ordenador principal de la universidad, y siempre la guardaremos. Puedo despertarler en cualquier momento para charlar, compartir pensamientos, bromear. No lo haré. Sería como hablar con los difuntos, o con fantasmas, y ya sabemos que la Luna no permite su presencia.

Shahini cayó tres kilómetros y sobrevivió. Es famosa, toda una celebridad. Tiene la cabeza suficientemente clara como para aprovecharse mientras dure: disfrutar de las fiestas, dar entrevistas, entrar en los círculos sociales. No durará. Está impaciente por correr de nuevo. ¿Qué más le puede hacer la Luna? No puedo evitarlo, pero no iré a observarla. Una madre sólo debería ver cómo cae su hija una vez en la vida.

Callisto escapa del control de nuestros dos mundos, tan pequeño dentro del esquema de las cosas. Tardará dos años en llegar a Saturno. Los humanos no pueden ir. El universo es duro con nosotros: esos mundos no son nuestros. Ni Shahini y su generación, ni la tercera generación que crece alta y extraña en nuestras ciudades subterráneas, podrá ir. Quien sea que viaje a las estrellas en el futuro, no seremos nosotros. No podemos ser nosotros, aunque me gusta pensar que he enviado algo humano ahí fuera.

Brilla con intensidad, pequeña estrella. Esta tarde tomaré el tren a Meridian para ir a una fiesta, invitada por Shahini. Seguro que lo paso mal. Me produce tanta angustia como la superficie. Me agarraré a la pared con mi bebida sin alcohol y observaré como mi preciosa y extraña hija se mueve en sociedad.